

PREGUNTAS SOBRE LA BÍBLIA

Gonzalo M. de la Torre Guerrero

QUIÉN ES EL DIABLO

Como lo decíamos en la edición anterior de esta revista, es conveniente tener claridad sobre estas dos realidades que ordinariamente confundimos: el "demonio" y el "diablo". La vez pasada indicábamos que el demonio bíblicamente era la figura que empleaban los antiguos para poder explicarse determinadas enfermedades frente a las cuales no tenían ninguna explicación racional. Por eso "demonio" es una palabra neutra, no una persona.

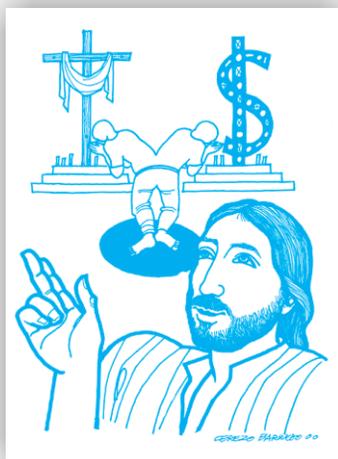
Es algo distinto, cuando se trata de la realidad del "diablo". Esta palabra es masculina, se usa con artículo determinado y se suele emplear cuando se trata de explicar los procesos en los que a la conciencia humana se le presenta la posibilidad de realizar un mal moral. Antiguamente se explicaban los complicados procesos de la conciencia y de la tendencia al mal o tentación, de una forma muy sencilla: se trataba de una energía negativa que entraba en contacto con el interior del ser humano y lo ponía en trance de pecar o simplemente lo llevaba al pecado. A esta energía el Antiguo Testamento la llamaba "Satán" (Satanás), y el Nuevo Testamento la llama "Diábolos".

La palabra "diábolos" está compuesta de dos partes: de la preposición "dia" que indica separación y de la raíz "balein" que significa "unir"; si juntamos estas dos partes nos resulta la palabra "diá-bolos", que significa "el que divide", el que separa, o el que "des-une". De esta manera se identifica muy bien esa fuerza interior de todo ser humano que tiende con frecuencia a dividir o separar nuestra voluntad de los propósitos o proyectos de justicia que nos harían más humanos, más cercanos a la voluntad de Dios. Por eso, una definición que podemos dar del Diablo es esta: es la realidad invisible (muchas veces inexpli-

cable) que nos separa de la voluntad o proyecto de Dios.

Esta realidad invisible la experimentamos todos los seres humanos, en la medida en que somos seres libres y sometidos a la fuerza de unos instintos que heredamos del elemento material que recibimos por evolución. Son los mismos instintos de los animales, que atacan y matan cuando desean poseer lo que quieren que les pertenezca.

En el Nuevo testamento se nos dice del Diablo que incita a Judas para que traicione al maestro (Jn 13,2), que siembra cizaña entre la buena semilla (Mt 13,39), que arranca la Palabra de Dios del corazón (Lc 8,12), que asecha a los cristianos (Ef 6,11), que inspira la persecución (Ap 2,9), que impide el apostolado de Pablo (1 Tes 2,18), que genera todos los pecados (Jn 8,44), que es el padre de los que pecan (1 Jn 3,8) y que tienta hasta el mismo Jesús (Mt 4,1-11). ¿No hacemos también esto mismo todos los seres humanos?



La palabra "Diablo" siempre se usa en singular. No hay muchos Diablos. La realidad diabólica es sólo una, pero es universal. Nunca se afirma que un ser humano esté poseído por el Diablo. Nos atreveríamos a definir al Diablo en términos modernos así: es la realidad que acompaña a todo ser humano por el hecho de ser criatura, libre, y por tener unos instintos que, si no son gobernados por la razón, se desbocan y causan todos los males imaginables. Así ha sucedido a lo largo de la historia humana.

